

Hablar en plural

Juan Ramón de la Fuente

La obra de Elena Poniatowska se ha nutrido de su habilidad para saber preguntar y saber escuchar. El motivo del presente texto es la entrega de la medalla de Bellas Artes que recibirá la autora el próximo 25 de marzo.

“La fantasía se ha vestido con listones, usa dos trenzas cortas y tiene las rodillas raspadas”, es una frase que usó Carlos Fuentes en un diálogo imaginario con Lilus Kikus, para escribir una ingeniosa reseña sobre el libro de Elena Poniatowska, allá por 1954, en la *Revista de la Universidad de México*. “Ay, Lilus Kikus, aún no sabes muchas cosas. Todas las niñas como tú hablan en plural”, continúa el diálogo, y con esos trazos quizá Fuentes ya advirtiera dos de sus más grandes cualidades, pues muy pronto ella supo que la escritura a secas, diluida la frontera entre periodismo y literatura, era algo semejante a rasparse las rodillas y a hablar siempre en coro.

Que Poniatowska hubiera nacido fuera de México no le impidió sentirse sorprendida por un país que la acu-
nó con la musicalidad y la ironía de un nuevo idioma, pero también con las contradicciones e incoherencias de un panorama donde lo mismo convergían atrocidad y misterio. Lo cierto es que mucho antes de los grandes acontecimientos civiles de los que ha sido testigo, Elena Poniatowska ya se disponía a inquirir, a tratar de entender, acaso desde que aprendiera español en la cocina con las empleadas domésticas, los síntomas de nuestra tristemente célebre desigualdad social.

No le fueron indiferentes, desde entonces, ni la oralidad de un entorno al que observó casi como un testigo picaresco (y ya ha apuntado Juan Villoro que el de Poniatowska es un triunfo del oído, pues ha sabido preguntar pero sobre todo escuchar), como tampoco el con-

texto de las personas a quienes ella comenzó a prestar atención. ¿Quiénes eran esas personas? El mundo de las clases “altas” ya lo conocía, así que Elena se dispuso escribir sobre aquellos “otros a quienes les había tocado nacer en el chilaquil”, como dice.

De ahí nació, quizá, su vocación por el lenguaje, a la par de su conciencia cívica y su compromiso con los más desfavorecidos. Lenguaje y conciencia cívica arraigaron en su escritura desde sus orígenes, pues como periodista, al igual que su amigo Carlos Monsiváis, ese otro cronista de *las grandes catástrofes nacionales*, se dio a la tarea de ver ahí donde nadie quería ver, de recuperar los testimonios de quienes no contaban con la oportunidad de ser escuchados.

“A mí lo que me gusta es contar historias”, ha dicho Elena, con ese candor en donde hay un dejo de frescura pero mucho de agudeza, agudeza que la llevó, por ejemplo, a hacer un fresco al estilo de Balzac, mediante las entrevistas a diversos personajes de la cultura mexicana, durante su trayectoria como reportera.

“Yo no digo que escribo bien o mal, simplemente ejerzo mi oficio, que es el de escribir”, ha expresado sin aspavientos; y ese afán de indagar la realidad fue extendiéndolo también a la ficción, ratificando en ambos frentes, novelas y crónicas, entrevistas y relatos, ese innegable componente ético que ha habido en su forma de escudriñar a México dentro de sus inagotables conflictos.

No hay libro de Elena Poniatowska que no esté atravesado por esa manera audaz de haber sabido unir los procedimientos literarios y los periodísticos para un mismo propósito. De la forma sutil de descolocar a sus entrevistados para convertirlos en personajes memorables, a la oralidad que su finísimo oído le permitió escribir novelas como *Hasta no verte Jesús mío*; de sus retratos literarios sobre mujeres artistas emblemáticas que entre el arrojo, la soledad y la incompreensión, como la misma Elena, se forjaron un destino propio en medio de un mundo donde prevalecía la voluntad masculina (Leonora Carrington, Angelina Beloff, Tina Modotti), hasta libros de crónicas como *Nada, nadie: las voces del temblor* y *La noche de Tlatelolco*, en todos ellos destaca la curiosidad sin fórmulas de la autora, el lenguaje coloquial y su humor carnavalesco, la ferocidad del punto de vista, su voluntad de convertir la vivencia personal en experiencia colectiva, así como su deseo de rescatar las palabras y los pensamientos de los otros, incluso a través de métodos extremos como hacerse a un lado, para dar sitio a esos desconocidos que, aislados o en conjunto, le han permitido trazar un mapa distinto de lo que a veces solo en apariencia vemos.

Estas cualidades, por cierto, han llevado la escritura de Poniatowska a un lugar singular (pues reinventándose entre géneros, ha ido de la narrativa, al periodismo y a la escritura testimonial), puesto que toda su obra es un ejemplo de congruencia en el que no han tenido cabida los credos de la corrección política, y sí los principios de una escritura que rehusándose a los ocultamientos, ha entablado un compromiso con las incertidumbres de su época, más que con sus dogmas.

Del momento en el que Poniatowska visitó el Palacio Negro de Lecumberri para entrevistar a los huelguistas ferrocarrileros que, junto con Demetrio Vallejo, paralizaron el país en 1959, al escenario más reciente en el que sigue expresando su descontento contra el modelo vigente que insiste en generar nuevos y diversos mecanismos de exclusión, ella no ha dejado de dar paso a esa voz de los llamados sin voz, mediante el oficio literario, escribiendo para calar más hondo, escribiendo en un claro ejemplo de que la literatura no existe sólo para embellecer o brillar como oro falso, como apuntó el escritor brasileño Graciliano Ramos, sino para recuperar la memoria y también, por qué no, para trastocar el mundo.

¿Qué otra cosa es *La noche de Tlatelolco*, por cierto, sino un documento único en su naturaleza, reportaje, crónica, testimonio, la reivindicación de las memorias individuales y excluidas del discurso oficial, un ejercicio de franqueza colectiva frente al discurso amañado del poder? ¿Qué sino el intento por reconstruir el espejo roto de uno de los pasajes más vergonzosos del país, que desembocaría con el tiempo en una búsqueda de mayor conciencia civil y vida democrática gracias en mu-



Elena Poniatowska

cho a reflexiones como las suyas? *La noche de Tlatelolco* sigue siendo un libro que, entre el análisis y la recreación, evoca los ecos de aquel funesto percance histórico; pero a la vez nos recuerda por qué la escritura es un acto de resistencia frente a la amenaza que supone la aniquilación de la memoria y cualquier tipo de silenciamiento. En 1971, por *La noche de Tlatelolco*, se le concedió a Elena el Premio Xavier Villaurrutia, mismo que rechazó, a la vez que hacía pública una pregunta: “¿Quién va a premiar a los muertos?”.

La participación de Poniatowska en proyectos culturales nacionales y en la vida política del país no expresa menos ni más de lo que ha forjado en sus libros, pues desde ellos se atrevió a cambiar el paradigma periodístico, que no es poca cosa, y desde ellos demostró, entre otras cosas, cómo en un entorno que a cada rato se derrumba, los libros pueden ser uno de los más extraordinarios gestos de sobrevivencia.

Dice Elena Poniatowska en una entrevista que, de entre los personajes que más la han marcado, está aquella lavandera, Josefina Bórquez, quien se convirtió a la postre en la Jesusa Palancares de *Hasta no verte Jesús mío*. Que de ella le impresionó su valentía y su dignidad y sobre todo esa forma de hablar en la que todo lo que enunciaba era poético. Hasta donde aquel lenguaje, el de la lavandera y el de las empleadas domésticas que conoció cuando era niña, hasta dónde aquellas palabras taimadas en las que podía atisbarse lo trágico y lo candoroso de un país, iban a fascinarla hasta el grado de meter no sólo las manos sino las rodillas por la escritura. Creo que eso ni la propia Elena Poniatowska lo había previsto. **U**